



1. Del necesario conocimiento

UNA y otra vez, nos llegan voces de repetidos conflictos armados en América Latina. Como si en muchos de sus lugares, todavía, las armas hicieran valer su prepotencia sobre los argumentos democráticos y, en definitiva, civiles. Puede que sea un movimiento guerrillero, surgido contra condiciones inhumanas de vida del inmenso campesinado, o puede, y tal vez más, que se trate del mismo ejército, escapado a todo control, cuando no de grupos paramilitares que proceden con impunidad completa. El hecho es que las condiciones de vida cotidianas aparecen demasiadas veces torturadas por la muerte, la sangre y la destrucción. Un paradigma que debiera ser eliminado del todo y para siempre.

Pero resulta que el problema, como en tantas ocasiones, radica en alguna suerte de desconocimiento de la realidad. Los sectores burgueses de estos lugares sugeridos, sumidos en su propio bienestar, permanecen al margen de la crueldad ambiental. No siempre, claro está, pero en bastantes momentos sí. Y no resulta difícil explicarse que mientras la burguesía, con todo su peso profesional, no recaiga sobre las cuestiones que la afectan por sentido común, ninguno de los problemas comentados encontrará fuente de solución. No por una sobrevaloración de este grupo social; más bien porque las estructuras sociales son como son, y muy especialmente en países todavía en vías de desarrollo.

Un filme reciente aborda esta cuestión con inteligencia, casi con un punto de didactismo para que nada quede difuminado ante el espectador. Se trata de *Hombres armados*, del norteamericano John Sayles. A lo largo de sus imágenes, asistimos a la historia de un eminente médico, el Dr. Fuentes, quien, durante un tiempo vacacional, parte para la sierra en visita a un grupo

de queridos ex alumnos. A medida que se interna en la jungla de verde y de misterio, comprobará la realidad tremenda que se esconde en cada recodo. Y siempre, en una feroz dinámica de conocimiento sorpresivo, irá desvelando la presencia contundente de los poderosos «hombres armados», que todo lo dominan, que todo lo eliminan, con la excusa de la seguridad nacional. Federico Luppi encarna a Fuentes y crea un personaje antológico: quien es vencido por el conocimiento.

Es imposible solucionar la realidad sin conocerla. Ésta es la ineludible responsabilidad de ciertos sectores sociales, tantas veces distantes de lo más inmediato. América Latina lo sabe muy bien.

P. de P.

2. La palabra del siglo

LOS lexicógrafos de los diccionarios Collins redactaron a finales del año pasado una lista de 102 neologismos que fueron sometidos a votación a través del diario *The Times*, con el objeto de buscar la palabra que definiera al siglo XX. La lista unía un neologismo a cada año de la centuria. Los lectores acabaron eligiendo *televisión* como la palabra clave del siglo.

Los comentarios pueden ser varios. Desde el despectivo juicio de que los periódicos ya no saben qué inventar para mantenernos entretenidos hasta el desgarramiento de vestiduras de los profetas apocalípticos. No hay que sacar de quicio lo que no pasa de un leve intento de refrendo popular y muy limitado al cambio de vocabulario acaecido en los últimos cien años. Pero el resultado de la votación no impide un momento de reflexión.

La palabra «ganadora» competía con términos tales como *ordenador*, *holocausto*, *velocidad*, *efecto mariposa*, *niño probeta*, *genocidio*, *biquini*, *microchip*, *globalización*, *minifalda* o *penicilina*, entre otras muchas. Había en la lista abundancia obvia de términos técnicos. Y no incluía vocablos tales como *liberación* o *revolución*.

Y en medio de la avalancha histórica, científica, política, tecnológica y comunicativa, los lectores de *The Times* se decantaron por la televisión como centro referencial de toda una larga vida de conocimientos, de experiencias, de sucesos trascendentes, de existencia agitada y sorprendente de nuestro planeta. Da que pensar.

Aunque la televisión sea un medio de información y de suministro cultural, hay que reconocer que para el noventa y nueve por ciento de la población hablar de la tele es nombrarles su diversión más habitual, el relajamiento audiovisual, el ocio espectacular. Decir televisión es decir zapatillas y sofá del cuarto de estar. Seleccionando la televisión como palabra clave de nuestro siglo, no estamos haciendo otra cosa que confirmar nuestro derecho a la evasión. Y nuestra necesidad.

Y no me parece mal. Bien mirado, el personal tiene un enorme sentido común. Tanta abstracción, tanta militancia disgregadora, tanto invento rentable, tanta moda efímera, tanto tecnicismo apabullante, incluso tanta tragedia, llegan a cansar, y la gente reclama sin gritos un ámbito de descanso, un escape merecido, un distanciamiento sabio.

Paralelamente, uno no puede evitar la sospecha de que la elección sea también exponente inconfesado de unas ganas enormes de dar título sublime al aparato más denostado de nuestro entorno, a la caja tonta, una especie de beatificación laica y casi posmortem de la considerada mayor pecadora de nuestra civilización, una reconciliación póstuma. Reconocimiento sincero, al fin, de los servicios prestados. Un acto de honradez.

L.U.

3. Fuera de quicio

DESORBITADO. Ésa es la palabra. Vergonzoso. Ésa es la sospecha. Porque lo que se organiza en estas tierras a propósito de cualquier evento futbolístico está fuera de toda sensatez. Los disturbios en plaza pública, por ejemplo, cuando tocan triunfos, con ser penosos, significan más bien poco a la hora de hacer balance del desmadre. Lo realmente grave, a la larga, es la posibilidad que han demostrado los medios de comunicación de conducir a las masas hacia una especie de paroxismo forofó que trastoca el sistema social de medidas. Dicho de otra manera: Cuando refiriéndose a un partido de fútbol se titula la noticia como «el acontecimiento más importante de los últimos diez años» se está poniendo patas abajo el sentido común. Y otro tanto cuando se cubren horas de radio y de televisión, programas especiales antes y después, portadas a todo color, o se dedican páginas de un periódico supuestamente serio a calentar el ambiente. Ni la Guerra del Golfo o los destrozos de «El Niño».

Persisten los funestos hábitos de pan y circo para la ciudadanía, pero no creo que esta vez tengan tanto que ver como antaño con perversas intenciones adormideras del poder ni con oportunistas apropiaciones políticas de un triunfo deportivo. Es verdad que a los gobernantes de hoy les gusta salir en la foto cuando tocan a victoria, estén o no por el pelotón. Sabido es también que a Franco lo que le gustaba era el balonmano y sin embargo aguantaba palco en Chamartín cuando era menester. En fin, que me parece ir demasiado lejos volver a hablar de campañas orquestadas desde la clase gobernante para distraer al personal o para aparentar. Además, si «España va bien», no hay por qué recurrir a los penaltis.

Es precisamente el origen mediático de tanto alboroto lo que no acabo de comprender. Se me escapa la razón por la que los medios se dedican a excitar los ánimos, y con qué temperatura, en una cuestión en la que no nos va ni la vida, ni la seguridad nacional, ni la estabilidad de la democracia, ni la paz con nuestros vecinos. No exagero un ápice. El que quiera ahogarse en ludibrio no tiene más que comparar la cantidad de letra, de palabra o de imagen dedicada a éste y a los otros asuntos. Enrojecerá.

El espíritu cívico y ético más elemental empieza por colocar las cosas en su debido sitio. El resto es manipulación, mucho más sutil aunque se muestre burdamente, y desorden. El hombre civilizado posee una jerarquía de valores que respetamos e intentamos cuidar. Cambiarla sólo porque sí o por razones de mercado? es sencillamente desquiciar la estructura social y darle una patada –de fútbol se trata– a la dignidad.

L.U.